

Alguien se comió su casa porque estaba hecha de barro.

Él quiso podar el ciprés del jardín, el único árbol que estaba en la casa antes de que llegáramos. Siguiendo su intuición lo podó demasiado y ahora se encuentra muerto. Se ve muy seco, pálido y cada día se caen más trozos de corteza al suelo. Después de ver los resultados de la poda, investigué sobre ello. En treinta minutos ya había encontrado mucha información e infinidad de consejos de cómo se deberían podar los árboles viejos, como era este el caso. La poda sirve para que un árbol crezca mejor, con la intención de que viva muchos más años. Así que no entiendo muy bien cómo llegó a suceder esta muerte.

Aunque no lo voy a decir en voz alta, en realidad me gusta como se ve ahora.



Ahora en el jardín no hay sombra alguna y se ve mucho el cielo. Así que por mayoría de votos decidimos plantar un nuevo limonero en lugar del viejo ciprés. Me pareció bien. A ella no.

Para poder plantar el nuevo árbol, tendríamos que escarbar y eliminar sus antiguas raíces y decidir qué haríamos con toda esa madera. Yo también decidí. Antes de usarlo de leña para el fuego lo subiría escalando, con unos pies de gato, para tener un recuerdo curioso con él. También investigué sobre el ciprés, para que no le faltara contexto alguno al recuerdo;

Esto lo leí. El ciprés es un árbol que se encuentra fácilmente en los cementerios porque se decía que ayudaban a guiar a las almas de los muertos, de hecho, los latinos siempre adornaban con él las lámparas funerarias. Nada que ver con un limonero.

Esto lo recordé. Mi madre me explicaba que al mudarnos a la casa de pequeña me encontraba comiendo tierra del tronco del ciprés. Rutina que más tarde imitó mi hermana pequeña. Lo de comer tierra es bastante común, se llama geofagia. Conozco la palabra porque un amigo me contó que su vecino se gastaba mucho dinero remodelando la fachada de su casa porque los niños se la comían, ya que estaba hecha de barro dulce.